

Spinelli, María Estela. *De antiperonistas a peronistas revolucionarios. Las clases medias en el centro de la crisis política argentina (1955–1973)*

Buenos Aires: Sudamericana, 2013, 217 páginas.

El libro relata la breve historia de las relaciones entre antiperonistas y peronistas, de sus enfrentamientos y luchas violentas, pero también de sus negociaciones, solidaridades, asociaciones, intentos de seducción y de conquista política. El inicio se sitúa en las direcciones de las alternativas de la crisis política abierta con el triunfo revolucionario antiperonista en 1955, las razones de los distintos actores que participaron de la lucha por el poder, y se proyecta en las experiencias constitucionales que le sucedieron, sus propuestas y sus fracasos, y culmina con el triunfo de la opción autoritaria y sus cambiantes estrategias, hasta el triunfo peronista de 1973.

María Estela Spinelli es doctora en historia por la Universidad Nacional de Córdoba; investigadora en el Instituto de Estudios Histórico-Sociales (IEHS) de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Profesora titular de Historia Argentina del siglo XX y de Historia de la Historiografía en las Universidades Nacionales del Centro y de Mar del Plata, respectivamente. Es autora de artículos publicados en revistas académicas y libros sobre historia política argentina e historiografía de la segunda mitad del siglo XX, entre ellos, en colaboración, se encuentran “Actores, ideas y proyectos políticos en la Argentina contemporánea” (con Susana Bianchi, 1997), “La conformación de las identidades políticas en la Argentina del siglo XX” (con Alicia Servetto, Marcela Ferrari y Gabriela Closa, 2000), “Memorias de la Argentina contemporánea, 1946-2002” (con Marcela Ferrari y Lila Ricci, 2007). En 2005 publicó, a partir de su tesis doctoral, “Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la revolución libertadora”.

El interrogante central en esta investigación podría plantearse en los siguientes términos: ¿Cuáles fueron las razones que llevaron a amplios sectores de las clases medias a rebelarse en 1955 contra el gobierno de Juan D. Perón? ¿Y por qué, una vez que conquistaron el poder, no pudieron construir un régimen político democrático que incorporara al peronismo? Para abordar este problema, el libro se estructura en dos grandes momentos, con sus respectivas divisiones internas. La primera parte titulada “La larga sombra de la Revolución Libertadora” (1955-1966) -con tres capítulos- analiza la adhesión de ese sector de las clases medias que compartió los valores políticos, sociales y culturales del antiperonismo incorporándose al proceso de desperonización; refleja sus transformaciones y cuestionamientos al orden político, social y cultural, a lo largo de las presidencias constitucionales de Arturo Frondizi y Arturo Illia, así como el intervalo presidencial de José María Guido, hasta el golpe de Estado de junio de 1966, que puso fin al régimen de alternancia

de partidos en el poder.

La segunda parte titulada “El rechazo de la democracia política” (1966-1973) abarca -en sus dos capítulos- las transformaciones y los conflictos políticos y sociales durante la vigencia del modelo autoritario implantado por la llamada “Revolución Argentina”, a lo largo de las presidencias de facto de los generales Juan Carlos Onganía, Roberto M. Levingston y Alejandro A. Lanusse. El foco de interés está en el comportamiento político de los sectores medios, el fenómeno de la radicalización que se había venido gestando en los años previos y su enfrentamiento con el poder político, y el punto de encuentro con un nuevo peronismo.

En el texto encontramos la conjunción de vastos sectores, especialmente de las clases medias urbanas, que iniciaron su experiencia política en el antiperonismo y terminaron su periplo unidos al peronismo revolucionario. Precisamente, con el triunfo de la Revolución Libertadora las clases medias, que habían contribuido a crear el clima político que condujo al golpe de Estado, ocuparon el centro de la escena con un claro perfil antiperonista; sin embargo, al momento del triunfo peronista en marzo de 1973, también volverán a jugar un rol protagónico aunque esta vez como aliadas, simpatizantes o pretendidas vanguardias del peronismo definido como revolucionario.

El “sujeto histórico” es el antiperonismo, definido por la autora como un fenómeno político y cultural complejo que excedió a las clases medias aunque las contuvo. Genéricamente considerado por los cuadros políticos e intelectuales del peronismo y de buena parte de la izquierda y de la derecha nacionalistas, como reaccionario desde el punto de vista social, políticamente liberal, elitista y defensor de los sectores privilegiados de la sociedad y de su alianza con el capital internacional; en realidad Spinelli demuestra que esta impugnación sólo se ajusta a un sector políticamente derrotado del antiperonismo porque en torno a los setenta el vasto movimiento de 1955 se había fragmentado y dispersado hacia la izquierda y la derecha aunque sin perder algunos de sus rasgos políticos más fuertes (rechazo a la figura de Perón como líder omnímodo e infalible, de la dirigencia sindical peronista y del personal político obsecuente y corrupto que lo había acompañado) cuando ya no rechazaba el autoritarismo que lo había llevado a sumarse a la Revolución Libertadora.

En este proceso tres son los ejes significativos de la experiencia recorrida por los sectores más dinámicos de las clases medias. La *politización*, si bien previa al peronismo, amordazada durante el mismo, tiene un nuevo punto de partida con la Revolución Libertadora, una de cuyas manifestaciones más visibles fue la recuperación de los espacios públicos por “esa otra multitud” antiperonista compuesta por estudiantes, profesionales, empleados, comerciantes, militantes políticos y sociales o vecinos comunes que “vivaron a la revolución y a la libertad”; se sumaron a las filas de los partidos políticos, militaron en la política universitaria, en los gremios, participaron y tomaron posición en los grandes debates, consumieron tanto la prensa de opinión como la político-partidaria, literatura política crítica y socialmente comprensiva. Así, se expresaron sobre los grandes temas del país, volvieron a protagonizar manifestaciones públicas donde además, se visibilizaba una nueva generación que se socializaba políticamente en un contexto de valores diferentes - con una sociedad que cambiaba sus parámetros (con menos prejuicios) a partir de una mayor apertura al mundo- y que puso en guardia a los sectores más tradicionales. El interés creciente por lo político y por la participación se desarrollará plenamente durante los gobiernos constitucionales al menos hasta 1966 cuando se interrumpió el denominado proceso de “democratización gradual”; luego, la impaciencia de los actores involucrados derivará en distintas direcciones ideológicas y políticas.

El proceso de politización fue acompañado de una tendencia hacia la *radicalización*

que si bien estuvo alimentado por un conjunto de líderes y acontecimientos internacionales -como la revolución cubana, la ruptura chino-soviética- la autora sostiene que “no resultó un fenómeno repentino, ni un mero efecto de contagio” sino que se asentaba sobre “una base de ideas, sentimientos y discusiones que tenían cierta tradición en la política y la cultura argentinas” (como el antiimperialismo, ya existente en los viejos partidos y algunos intelectuales de izquierda, del nacionalismo y del peronismo) y que siguieron operando sobre sectores cada vez más vastos. Otra influencia cultural que operó sobre sectores más extendidos -y no sólo la tradición de izquierda vinculada al medio universitario- fue la de una “literatura política, sociológica e histórica no académica, crítica o recelosa del ámbito o de los parámetros académicos”; una serie de ensayos sobre la realidad argentina -como los de Arturo Jauretche y Juan José Hernández Arregui- detractores de las clases alta y medias y de los intelectuales más prestigiosos. A ella se sumó el “revisionismo histórico” con autores como José María Rosa y Ernesto Palacio o la obra de divulgación *Todo es Historia*, un conjunto de nuevos relatos sobre el pasado que desmentían la interpretación con la cual varias generaciones habían sido educadas y socializadas políticamente en los valores republicanos y democráticos, y que, en algún sentido, significaron “una rebelión contra el orden establecido” y contra el proyecto de democratización que dejaba fuera la legitimidad de Perón y del peronismo. Esta cultura política de izquierda, con ideas y sentimientos políticos variados, reinterpretaba el diagnóstico del país y promovía las posibilidades de la revolución.

Finalmente, el tercer eje que recorrió a los dos anteriores es el peronismo. En 1955 el proyecto de desperonización fue compartido por sectores antiperonistas, conservadores o progresistas pero pronto se bifurcó en distintas vertientes porque “desperonizar para democratizar” significaba para algunos, no la erradicación de la identidad peronista a cualquier costo, sino en comprender y conquistar al peronismo para sus propios proyectos. En torno a ese problema comenzaron las divisiones entre y dentro de los partidos políticos aunque, con sus matices, siguieron considerando inadmisibles al régimen político peronista con los rasgos propios con que se había desarrollado; incluso, algunos -primero los nacionalistas, grupos de izquierda y los sectores de izquierda de los partidos tradicionales- fueron los primeros que se abocaron a discernir qué había sido el peronismo o el por qué los sectores populares adhirieron al mismo; la operación intelectual que realizaron fue separar a Perón del peronismo, manteniendo para aquél la caracterización de líder fascista, rodeado de una cúpula de obsecuentes, corruptos y oportunistas (incluyendo la dirigencia sindical) pero “absolviendo” a sus seguidores (el pueblo o la clase trabajadora) que habrían sido objeto del engaño o bien por su falta de madurez en su conciencia social.

La autora describe acabadamente este camino político seguido por los partidos y grupos que inicialmente adhirieron a la coalición antiperonista que, por lo menos hasta 1966, podrían señalarse en dos constantes: una, la reconsideración del peronismo como fenómeno político por parte de los cuadros políticos e intelectuales y los ensayos de captación de su voto; otra, el retroceso de la adhesión a los valores republicanos y democráticos del antiperonismo, visibles en el creciente desprecio por la “democracia burguesa” o “democracia formal”.

Desde el exilio Perón procuró contener el surgimiento de cualquier liderazgo que amenazara la unidad del movimiento y ese objetivo, sostiene Spinelli “lo sometió a un constante trabajo de contacto y de comunicación con los referentes de sus distintas líneas sindicales y políticas, a contener o incitar sus luchas internas, a promover la participación electoral o provocar la proscripción, del mismo modo que a recibir a nuevas organizaciones políticas y político-militares dentro de su movimiento”. Si bien conservó una importante

cuota de su poder arbitral y la fidelidad de vastos sectores identificados políticamente con su experiencia de gobierno, o de "otros" peronismos nacidos luego, que invocaban su nombre para intentar otros proyectos, algunas veces buscaban su consentimiento y apoyo pero otras, ni siquiera contaron con su conocimiento acabado, porque lo reclamaban sobre hechos consumados.

En efecto, estos "nuevos peronismos" surgieron desde su inmediata caída y siguieron reproduciéndose hasta 1973. Entre ellos, la nueva izquierda peronista referenciada por John W. Cooke -que tanto esfuerzo destinó a convencer a Perón de que imprimiera un giro revolucionario y anticapitalista a su movimiento, en lugar de volver a las fuentes de unidad pueblo-iglesia-ejército de 1945-y entre las organizaciones político-militar, sin dudas, la más importante fue Montoneros con su forma de accionar como guerrilla urbana; ajenos a la tradición política del peronismo, mantuvieron una relación difícil -a veces de igual a igual- con Perón. Los militantes nuevos provenientes de distintas tradiciones políticas y culturales, admiraban más a estos combatientes que a Perón, quien llegó a ser relegado a la categoría de símbolo; se acomodaban mal a la cultura peronista de la lealtad y autoridad, y rechazaban el "verticalismo".

Al finalizar el libro, no podemos sino coincidir con la hipótesis principal de la autora respecto a que las clases medias antiperonistas, civiles y militares de mediados de los años cincuenta, pretendieron y no lograron superar políticamente al peronismo. En cambio, a lo largo de décadas, se dieron una serie de intercambios y acercamientos hacia el mismo que, con distintos objetivos (ganar elecciones, desgastar a los gobiernos, conquistar al peronismo como base para la revolución nacional o socialista), terminaron dando por resultado un nuevo peronismo, tensionado, violento y caótico, que llegó al poder en 1973. Cómo las clases medias urbanas se ubican en el centro de la crisis política en la Argentina marcada por el pasaje de amplios sectores identificados o socializados en los valores del conglomerado antiperonista al peronismo revolucionario, remite, a su vez, a profundas transformaciones sociales y culturales en el mundo, de las que también da cuenta esta novedosa investigación, una contribución de destacada importancia para la historia política porque recorre un sendero temporal no profundizado por la historiografía y a la vez, introduce pautas interpretativas -con referencias teóricas del sociólogo canadiense Pierre Ostiguy- para examinar la coalición antiperonista en general, y a los sectores medios, en particular. La obra amplifica la mirada y cuestiona algunas visiones más tradicionales -incluso contemporáneas al fenómeno antiperonista- que no han permitido entender acabadamente la crisis política abierta en 1955. Las divergencias en cuanto a sus causas, el lugar que había tenido el peronismo y debía aún tener, los fundamentos del ordenamiento político, son expuestas con una claridad tal que permite entender el pasaje accidentado desde el antiperonismo al peronismo revolucionario de los años setenta. Los nuevos peronismos construidos en el contexto de politización y radicalización de los sectores medios, que buscaban un punto de encuentro con lo popular, habían renovado y reinventado al peronismo. El choque ideológico y cultural de muchos de los recién llegados con los sectores tradicionales de la rama política y de la rama sindical, y de la derecha proveniente del nacionalismo (dispuesta a darles una batalla a muerte), presagiaban que la fórmula de gobernabilidad propuesta por Perón sería insuficiente y el enfrentamiento violento resultaría inevitable.

Fabio Alonso

Instituto de Estudios Socio-Históricos
Facultad de Ciencias Humanas – UNLPam